

CANCIÓN

ANTILOCO.—«Salid, salid, que debo largarme; ¿dónde?... no habéis de saberlo...»

DORCAS.—«¿Dónde?»

MOPSA.—«¿Dónde?»

DORCAS.—«¿Dónde?»

MOPSA.—«Jurásteis confiarme todos vuestros secretos.»

DORCAS.—«Y á mí también; dejad que os acompañe.»

MOPSA.—«Vas á la granja ó al molino?»

DORCAS.—«Si vas á la granja, mal; si vas al molino, peor.»

ANTILOCO.—«Ni á la una, ni al otro.»

DORCAS.—«Cómo, ni á la una ni al otro?»

ANTILOCO.—«Ni á la una ni al otro?»

DORCAS.—«Juraste que me amarías.»

MOPSA.—«Y á mí me juraste mucho más. Con que dime dónde vas, dímelo.»

BUFÓN.—Bien: vamos á otro lado con tus paquetes, y allí examinaremos las baladas y todo. Mi padre y aquel caballero están empeñados ahora en grave conversación. Seguidme y compraré algo para las niñas. Quiero ser el primero. Ea! Vamos, niñas.

(*Salen.*)

ANTILOCO.—Ya pagarás tú por ellas.

(Vuelve á cantar como cuando entró, luego se va con Mopsa y Dorcas y llega un criado).

CRIADO.—Aquí están tres carreteros, tres pastores, y guardadores de cerdos y cabras que se han cubierto de pelo y se dan el nombre de *sátiros* (1), vienen á bailar; dicen las muchachas que su danza es una de cabriolas y piruetas muy divertida y que

(1) Sátiros.

ha de gustar, como no reviente alguno acostumbrado á otros bailes más pesados.

PASTOR.—Déjalos, que no queremos verlos; bastante locuras se han hecho. Quizás os fastidiamos ya, señor.

POLIXENES.—Nosotros estamos fatigando á los que nos divierten; veamos á esos danzarines.

CRIADO.—Tres de ellos, según dicen, bailaron delante del rey; el menos saltarán salta de un brinco á una altura de doce piés cuadrados.

PASTOR.—Basta de charla; puesto que es del gusto de los señores, que pasen y que despachen pronto.

CRIADO.—Ya están aquí.

(Entran doce pastores disfrazados de sátiros, bailan y se van).

POLIXENES (*aparte*).—¡Oh padre mío! ya veréis el fin de todo esto. ¿No estarán ya hartos adelantados? Ya es tiempo de separarlos. (*A Florizel.*) Y bien, gallardo zagal, ¿cómo va ahora? Como si vuestro corazón estuviera preocupado por algo que os aleja de la fiesta. A fe que cuando yo era joven, me creía obligado á cargar de presentes á mi bella, y habría vaciado todos los paquetes del mercader para ofrecérselos. Pero vos lo habéis dejado marcharse sin comprar cosa alguna. Si vuestra pretendida se fijase en esto, diría que es falta de afecto ó de generosidad, y os veríais apurado en la respuesta, si tenéis á pechos el que ella se muestre contenta.

FLORIZEL.—Anciano: sé que ella no da valor alguno á esas baratijas. Los dones que ella espera de mí están atesorados en mi corazón; y ya se los he dado, aunque no lo entregué todavía. Y pues este anciano señor parece haber amado alguna vez, oídme concentrar en mis palabras toda la esencia de mi vida. Tomo tu mano: esta mano suave como la pluma de la tórtola, blanca como el marfil ó como la nieve acumulada por los inviernos.

POLIXENES.—¿Y qué más? ¡Qué bonitamente acaricia y pule el zagal esa mano que ya de suyo es-

taba muy limpia. Os he interrumpido. Pero vamos á estas protestas. Deseo oír lo que os proponéis.

FLORIZEL.—Oídlo y sed testigo.

POLIXENES.—Y mi vecino también.

FLORIZEL.—También él, y más que él y que los hombres, la tierra, el cielo, todo. Si tuviera que ser yo coronado como monarca y digno de esa alta dignidad: si fuera el más hermoso joven que jamás hubieran contemplado los ojos: si en fuerza y en ciencia aventajara al primero de cualquiera época, sin el amor de ella no daría á esos bienes valor alguno: por ella los emplearía todos, y los aceptaría ó rechazaría según que fueran ó no convenientes á su dicha.

POLIXENES.—Franca y rica oferta.

CAMILO.—Y revela un afecto sincero.

PASTOR.—Pero, hija mía, ¿le dices tú lo mismo?

PERDITA.—No puedo hablar tan bien como él, no, ni con mucho; ni tener propósitos mejores. Juzgo de la pureza de sus pensamientos por la de los míos.

PASTOR.—Pues daos las manos, y asunto arreglado. Y sed testigos vosotros, amigos, de que le doy mi hija, y que haré su dote igual á la de él.

FLORIZEL.—¡Oh! Eso no puede ser sino con las virtudes de vuestra hija; porque cuando haya muerto alguien, tendré más de lo que podríais imaginar ahora: bastante para que os admiréis. Pero, vamos: celebrad el contrato en presencia de estos testigos.

PASTOR.—Pues bien: dadme vuestra mano; y tú la tuya, hija mía.

POLIXENES.—Aguardad un instante, buen pastor, os lo ruego. ¿Tenéis padre?

FLORIZEL.—Sí; pero ¿qué?

POLIXENES.—¿Y sabe él esto?

FLORIZEL.—No: ni lo sabrá.

POLIXENES.—Pues me parece que en las bodas de un hijo, el primer invitado ha de ser el padre. Permitid otra pregunta. ¿Llegó vuestro padre á ser in-

capaz de ocuparse en asuntos razonables? ¿La edad ó las enfermedades le han convertido en eslúpido ó idiota? ¿Puede oír, ver, distinguir un hombre de otro, y defender su propiedad? ¿Está paralizado en un lecho, ó ha caído en la segunda infancia?

FLORIZEL.—No, mi buen señor. Goza de toda su salud, y tiene más vigor, por cierto, que la mayor parte de los hombres de su edad.

POLIXENES.—Pues siendo así, por mi barba cana, que le inferís un agravio indigno de un hijo. Es razón que un hijo escoja una esposa para sí; pero no lo es menos que en tal asunto se consulte al padre; como que toda su dicha consiste en tener una digna descendencia.

FLORIZEL.—Todo esto es verdad; pero por otras razones, mi grave señor, que no os es dado saber, no quiero participar este asunto á mi padre.

POLIXENES.—Dejadle que lo sepa.

FLORIZEL.—No lo sabrá.

POLIXENES.—Os ruego que le habléis.

FLORIZEL.—No, no ha de ser.

PASTOR.—Dejad que lo sepa; que no ha de tener por qué afligirse de vuestra elección.

FLORIZEL.—Es necesario que lo ignore. Vamos, vamos: que conste nuestro contrato.

POLIXENES (*Descubriéndose*).—Que conste vuestro divorcio, mozo, á quien no me atrevo á llamar hijo. Tan bajo caíste que no puedo reconocerte. Tú, heredero de un cetro, te agachas á recoger un cayado. En cuanto á ti, viejo traidor, sólo siento que haciéndote ahorcar apenas te quitaría una semana de vida. Y tú, acabada muestra de hechicería, necesariamente habías de saber qué regio imbecil estabas atrapando.

PERDITA.—¡Oh! ¡Corazón mío!

POLIXENES.—Haré que tu belleza sea arañada y desfigurada, hasta que se vuelva tan repugnante como tu propia condición... Obcecado muchacho, si jamás llego á saber que has dado siquiera un suspiro

por no haber vuelto á ver esta muñeca (y cuenta con que nunca volverás á verla) te excluirémos de nuestra sucesión, y no te reconocerémos por hijo, no, ni como ligado á Nos por el más remoto parentesco. Ten bien presentes mis palabras. Síguenos á la corte. Tú, vejete, aunque merecedor de nuestra eprobación, quedas por ahora libre del golpe de muerte que debía caer sobre ti. Y tú, hechicera, digna por cierto de un labriego; si alguna vez se abre este ústico umbral para el que deshonorando mi sangre se hace hasta indigno de ti; si alguna vez lo atraes á tus brazos, yo encontraré para ti una muerte tan cruel como se pueda inventar. (*Salé.*)

PERDITA.—Ya se ha frustrado todo aquí mismo. Pero á mí no me asustó ese hombre, y aun estuve una ó dos veces á punto de decirle, que el sol que brilla sobre su palacio no se cubre la faz para negar su luz á nuestro hogar, sino que tanto alumbra al uno como al otro. (*A Florizel.*) ¿Queréis, señor, tener la bondad de retiraros? Ya os había dicho yo que todo vendría á parar en esto. Os ruego que atendáis á vuestra alcurnia; que en cuanto á mí, habiendo despertado de mi sueño, no lo fomentaré ni un ápice ya. Me iré á ordeñar mis ovejas, y á llorar.

CAMILO.—¿Y qué hay, buen pastor? Habla algo antes que te mueras.

PASTOR.—No puedo hablar, ni pensar, ni me atrevo á saber lo que sé. (*A Florizel.*) ¡Ah, señor! Habéis aniquilado á un hombre de ochenta y tres años, que contaba con bajar en paz al sepulcro; sí, y con morir en el mismo lecho en que murió mi padre, y que mis huesos yacieran al lado de sus honrados huesos. Pero ahora será el verdugo quien tenga que amortajarme, y sepultarme sin que ningún sacerdote arroje un puñado de tierra sobre mi fosa. (*A Perdita.*) ¡Oh, maldita desalmada, que sabías que este es el príncipe, y te atreviste á mezclar su fe con la tuya! ¡Perdido! ¡Perdido! Si hubiera yo de

morir ahora mismo, no querría vivir un solo instante más.

FLORIZEL.—¿Por qué me miráis de ese modo? Estoy triste, pero no asustado: todo se muda, menos mi voluntad. Soy lo mismo que era. Necesito mayor esfuerzo para resistir al lazo con que se me quiere atar; pero no me dejaré arrastrar por él.

CAMILO.—Mi digno señor, ya conocéis el carácter de vuestro padre. En este momento no tolerará que se le hable; y presumo que no os proponéis hacerlo. Temo que ni soportará el veros. Así, pues, no os presentéis á su Alteza hasta pasado el ímpetu de su cólera.

FLORIZEL.—No me propongo tal cosa. ¿Y qué pensáis vos, Camilo?

CAMILO.—Pienso como él, mi señor.

PERDITA.—¿Cuántas veces os he dicho que habría de suceder esto? ¿Cuán á menudo he repetido que mi dignidad sólo duraría hasta que esto se supiera?

FLORIZEL.—Ella no puede sufrir sino por la violación de mi fe; y entonces quebrante la naturaleza los flancos de la tierra y ahogue en ellos sus gérmenes. Levanta tus miradas. Puedes desheredarme ¡oh padre! Yo siempre seré heredero de mis afectos.

CAMILO.—Oíd mis consejos.

FLORIZEL.—Sí; los de mi amor. Si la razón le obedece, sigo la razón. Si no, mis sentidos, más satisfechos con la locura, le darán la despedida.

CAMILO.—Eso es temerario, señor.

FLORIZEL.—Llamadlo así; pero satisface mi promesa, y por eso debo estimarlo como simple honradez. Camilo: no quebrantaré mi juramento á esta hermosa amada mía, ni por toda Bohemia y cuanto pompa se pueda contener en ella, ni por lo que alumbra el sol, entraña la tierra, ó esconde el mar en sus abismos insondables. Os ruego, pues, Camilo, como venerado amigo de mi padre, que cuando me eche de menos (porque, á fe mía, no pienso

volver á verle) opongáis á su pasión vuestros consejos. Y dejadme, á mí y mi fortuna luchar por lo porvenir. Sabedlo, y referídselo: que salgo al mar con aquella que no puedo poseer en esta tierra. Y muy oportunamente para mi propósito, aunque no preparada para tal designio, tengo una embarcación anclada cerca de aquí. Sería inútil deciros qué rumbo me propongo seguir.

CAMILO.—¡Oh mi señor! ¡Cuánto querría que vuestro ánimo fuese más accesible al consejo, ó más fuerte contra la desgracia!

FLORIZEL.—Escucha, Perdita. *(La lleva á un lado.)* En seguida hablaré con vos.

CAMILO *(aparte)*.—Es inflexible: está resuelto á la fuga. ¡Qué fortuna si pudiera yo arreglar su viaje de modo que sirviese á mi deseo, lo salvase de peligros, le rindiese afecto y honor, y me devolviese la vista de mi amada Sicilia, y de aquel desdichado monarca, mi soberano, á quien tanto anhelo ver!

FLORIZEL.—Y ahora, buen Camilo, estoy tan recargado de singular faena, que os dejo sin ceremonia. *(Disponiéndose á salir.)*

CAMILO.—Señor, me parece que habéis oído algo acerca de mis modestos servicios y grande efecto consagrados á vuestro padre.

FLORIZEL.—Habéis contraído nobles méritos. Mi padre se complace en hablar de vuestros hechos, y no es poco lo que se preocupa de recompensarlos dignamente.

CAMILO.—Pues bien, señor: si os place pensar en lo que amo al rey, y en él á lo que más se le aproxima y asemeja, que sois vos mismo, dignaos seguir mi consejo (si es que vuestro proyecto puede ser de alguna manera modificado); que por mi honor os prometo haceros llegar adonde encontraréis una acogida digna de Vuestra Alteza. Allí podréis vivir con vuestra señora, de la cual veo que es imposible separaros como no sea ¡el cielo no lo per-

mita!) á costa de vuestra ruina. Casaos allí con ella, y yo durante vuestra ausencia me empeñaré en reconciliar á vuestro padre y en alcanzar su aprobación.

FLORIZEL.—¿Y cómo podrás, Camilo, realizar este milagro? Serás á mis ojos más que hombre, y confiaré en ti para todo.

CAMILO.—¿Habéis pensado en algún lugar á donde ir?

FLORIZEL.—Todavía no; pero como en las cosas que hacemos temerariamente el acaso es el más culpable; así también nos entregamos en brazos de él y nos dejamos llevar del primer viento que sopla.

CAMILO.—Entonces, escuchadme. Si estáis resuelto á no variar de propósito, y á emprender esta fuga, dirigíos á Sicilia, y presentáos allí con vuestra hermosa princesa (pues veo que tiene de serlo) á Leontes, quien la tratará como cumple á la compañera de vuestro lecho. Paréceme ver á Leontes abriros los brazos, dándoos con sus lágrimas la bienvenida; pedir perdón al hijo, como si fuera la propia persona del padre; besar la mano de su hermosa princesa, y maldecir por una parte su maldad pasada, y por otra prodigar su bondad sin límite alguno.

FLORIZEL.—Pero ¿qué motivo dar á mi visita, digno Camilo, que la explique á los ojos de Leontes?

CAMILO.—Vuestro padre os envía á saludarlo y presentarle el consuelo de su buen afecto. Sobre vuestra manera de conducirlos respecto de él, y lo que habéis de decir en nombre de vuestro padre (que sólo sabremos los tres) os daré instrucciones por escrito. Así sabréis lo que en cada entrevista habéis de manifestarle, á fin de que se persuada de que habláis verdaderamente como si llevarais en los labios el corazón de vuestro padre.

FLORIZEL.—Me obligo á seguir este consejo. Me parece muy bien.

CAMILO.—A lo menos es un camino que promete

más que un curso errante por extraños mares, y playas ignoradas, y sin duda alguna, lleno de dificultades y miserias, en el cual no tendríamos ni la menor esperanza de poder auxiliarnos. No bien librados de un peligro caeríamos en otro. Permaneced más bien allí donde os es conveniente estar, y acordaos de que la prosperidad es gran alimento del amor; pues la aflicción altera el ánimo como el rostro.

PERDITA.—Esto es verdad sólo en parte. Afecta al rostro, mas no subyuga la mente.

CAMILO.—¿Lo pensáis así? No se habrá sufrido en siete años una aflicción igual en casa de vuestro padre.

FLORIZEL.—Mi buen Camilo; Perdita es tan superior á su estado, como yo inferior á mi cuna.

CAMILO.—No puedo decir que le falte instrucción, porque parece maestra de los que enseñan.

PERDITA.—Perdonad, señor, si no os puedo dar las gracias más que ruborizándome.

FLORIZEL.—Linda Perdita mía. ¡Oh! sobre qué espinas caminamos! ¡Oh, Camilo, salvador de mi padre y ahora de mí: eres la buena estrella de nuestra casa! ¿Y cómo hacerlo ahora? No vamos equipados como cumple al lujo de Bohemia para presentarnos al rey de Sicilia.

CAMILO.—Esto no os inquiete. Me parece que no ignoráis que mi fortuna está allí. Yo cuidaré de que seáis tan regiamente provisto, como si la escena que representáis fuera mía. Para que sepáis que nada ha de faltarnos, una palabra.

(Conversan á un lado.—Vuelve á presentarse Antíloco.)

ANTILOCO.—¡Ah, ah! ¡Y qué tonta es la honradez! ¡Qué necia su hermana gemela, la confianza! He vendido todos mis cachivaches: no me ha quedado una sola piedra falsa, ni cinta, ni broche, ni cosmético, ni balada. Disputaban en tumulto á quién compraría primero; como si fueran cosas benditas y cada una llevase una bendición al comprador.

Y á tal punto se extasiaban con mis canciones, que habría podido desnudarlos de todas sus ropas sin que lo sintieran. Ví por las compras cuáles eran los bolsillos mejor provistos, y me aproveché del éxtasis de los oyentes para escamotearles el dinero. A no haber llegado el maldito viejo renegando de su hija y del hijo del rey, no me habría quedado bolsa con vida.

(Se adelantan Camilo, Florizel y Perdita).

CAMILO.—No, porque mis cartas, llegando de este modo al mismo tiempo que vos, desvanecerán toda duda.

FLORIZEL.—Y las que consigáis de Leontes...

CAMILO.—Han de satisfacer á vuestro padre.

PERDITA.—Que el cielo os haga feliz! Cuanto decís, arguye vuestra sinceridad.

CAMILO.—¿Quién es este individuo? Nos serviremos de él; pues no se debe omitir cosa alguna que nos ayude.

ANTILOCO (*aparte*).—Si han llegado á oirme, de seguro que me ahorcan.

CAMILO.—¡Hola, buen hombre! ¿Por qué temes y tiembas así? Tranquilízate. Aquí nadie te desea mal.

ANTILOCO.—Yo soy un pobre hombre, señor.

CAMILO.—Pues por lo mismo, serénate, que nadie te ha de robar ese privilegio. Precisamente por tu pobre traza hemos de hacer un cambio. Despójate inmediatamente (ya pensarás que es necesario) de esos tus pobres vestidos, y truécalos con los de este caballero. Aunque no es poco lo que él sale perdiendo, sin embargo, ahí tienes algo más para ti.

ANTILOCO.—Señor, soy tan pobre! (*aparte*.) Bien te conozco.

CAMILO.—Vamos: date prisa. El caballero no puede perder un instante y ya ha principiado á quitarse sus ropas.

ANTILOCO.—¿Decís esto formalmente? (*aparte*.) Sospecho una treta.

FLORIZEL.—Despacha amigo.

ANTILOCO.—Bien me interesa; pero no puedo en conciencia, tomar esto.

CAMILO.—Desata, desata. (*Florizel y Antiloco truecan sus vestidos.*) Dichosa señora, que se cumpla mi profecía. Retiraos á algún sitio oculto y poned sobre vuestra frente el sombrero de vuestra amada: cubrid con un pañuelo parte de vuestro rostro, y disfrazaos de la mejor manera que podáis, á fin de que no seáis descubierta antes de llegar á bordo; porque sin duda hay ojos que os observan ocultamente.

PERDITA.—Veo que la comedia es tal que tengo también que representar mi papel.

CAMILO.—No hay remedio. ¿Estáis listos?

FLORIZEL.—A buen seguro que si mi padre me encuentra ahora no me conoce.

CAMILO.—No habéis de llevar sombrero. Vamos, señora, venid. Adiós, amigo.

ANTILOCO.—Adiós, señor.

FLORIZEL.—Perdita ¿no hemos olvidado algo? Permitid: una palabra. (*Hablan aparte.*)

CAMILO (*aparte.*)—Lo primero que tengo que hacer, es avisar al rey de esta fuga y el lugar adonde se dirigen. Mi esperanza está en inducirle á perseguirlos en persona, y así en compañía de él volveré á ver mi Sicilia, que ya me consume la impaciencia como si fuera una mujer.

FLORIZEL.—Que la fortuna nos favorezca! Camilo, vamos á la orilla del mar.

CAMILO.—Cuanto antes mejor.

(*Salen Florizel, Perdita y Camilo.*)

ANTILOCO.—¡Ah! Ya entiendo el negocio: lo he oído. Para ser buen ratero, lo principal es oído atento, ojo vigilante y mano lista. Y buen olfato para descubrir asuntos en que ejercitar los otros sentidos. Veo que este es tiempo oportuno para prosperar en la carrera. El príncipe mismo está metido en la bellaquería de huir de su padre llevándose consigo

á su moza. Si no fuera por respeto á mi profesión, me arriesgaría á hacer un acto de honradez, avisándolo al rey. Pero esto sería desviarme de mis principios... me callaré. (*Entran el pastor y el bufón.*) Bueno, aquí hay más tema para un cerebro activo. No hay rincón, ni iglesia, ni tienda, ni tribunal donde no vea qué hacer el hombre vigilante y emprendedor.

BUFÓN.—En esto se ve la clase de hombre que sois. No hay otro camino que decir al rey que ella es una expósita, y que no tiene nada de vuestra carne y vuestra sangre.

PASTOR.—Pero, óyeme.

BUFÓN.—Nada. Óidme vos.

PASTOR.—Pues continúa.

BUFÓN.—No siendo ella parte alguna de vuestra carne y sangre, vuestra carne y sangre no han ofendido al rey, y éste no podrá castigarlas. Mostradle los objetos que encontrásteis junto á ella la primera vez, y todas las cosas secretas que habéis guardado: todas, excepto las prendas que ella tiene consigo. Una vez hecho esto, reíos de las amenazas y de las leyes. Os lo garantizo.

PASTOR.—Se lo contaré todo al rey, hasta la más mínima palabra, y también cuanto conviene á su hijo; porque éste no se portó como debía con su padre ni conmigo, queriendo hacerme hermano político del rey.

BUFÓN.—Y que eso sería lo menos que habrías sido para él. Imaginad cuánto habría aumentado de valor cada onza de vuestra sangre.

ANTILOCO (*aparte.*)—Muy sesudos estáis, muñecos.

PASTOR.—Pues vamos á ver al rey. En este saco hay algo que le hará rascarse la cabeza.

ANTILOCO (*aparte.*)—No sé hasta qué punto esta queja será impedimento á la fuga de mi príncipe.

BUFÓN.—Deseo con todo mi corazón que lo encontremos en su palacio.

ANTILOCO.—Aunque yo por naturaleza no soy honrado, alguna vez suelo serlo por accidente. Princi-

piaré por quitarme la barba postiza. (*Se quita la barba.*) ¡Hola! Campesinos: ¿adónde bueno?

PASTOR.—A palacio, si place á vuestra señoría.

ANTILOCO.—¿Y qué negocios tenéis allí? ¿Y con quién? Declarad el contenido de ese bulto, el sitio de vuestra residencia, vuestros nombres y edades, y cuanto conviene que se conozca.

BUFÓN.—Somos gentes del pueblo, señor.

PASTOR.—¿Sois de la corte, señor?

ANTILOCO.—Qué! ¿No ves el aire de corte en todo mi aspecto? ¿No contemplas en mi vestidura la elegancia de la corte? ¿No te llega al olfato mi olor de corte? ¿Y no sientes caer sobre tu bajeza mi desprecio cortesano? Sí; soy cortesano de pies á cabeza, y así te mando que me manifiestes el negocio que traes entre manos.

PASTOR.—Es un asunto que interesa al rey.

ANTILOCO.—¿Y tienes alguien que abogue por ti ante él?

PASTOR.—No conozco allí á nadie.

BUFÓN.—Este no puede ser sino un cortesano de nota.

PASTOR.—Sus vestidos son ricos, pero no los lleva con distinción.

BUFÓN.—Pues por lo mismo que es algo extravagante ha de ser muy noble. Estoy seguro de que es un grande hombre.

ANTILOCO.—Vamos; ese bulto ¿qué contiene? ¿Y para qué traéis eso?

PASTOR.—Señor; secretos hay ahí que sólo el rey puede saber; y los sabrá inmediatamente si puedo hablar con él.

ANTILOCO.—Anciano, has perdido tu trabajo.

PASTOR.—¿Por qué, señor?

ANTILOCO.—El rey no está en palacio. Se ha ido á bordo de un buque nuevo para distraer su melancolía y respirar el aire libre; porque has de saber, si eres capaz de cosas serias, que el rey está muy apesadumbrado.

PASTOR.—Así dicen, señor, y que es con motivo de que su hijo quería casarse con la hija de un pastor.

ANTILOCO.—Pues si el tal pastor no ha sido habido aún, bien puede poner las pies en polvorosa; porque no hay como ponderar las torturas y el género de muerte que le aguardan.

BUFÓN.—¿Os parece así, señor?

ANTILOCO.—Y no será él solo quien sufra el peso de la venganza; sino que caerán en manos del verdugo todos sus parientes, aun los más remotos; lo cual es muy doloroso, pero necesario. Hay quien dice que morirá lapidado, aunque se piensa que esta clase de muerte es todavía demasiado suave para tal delito. ¡Pretender un viejo bellaco de pastor que su hija llegue hasta el trono! Todas las muertes son pocas para castigarlo.

BUFÓN.—¿Sabéis, señor, si aquel anciano tiene algún hijo?

ANTILOCO.—Sí; tiene uno, que ha de ser desollado vivo, y luego sentado sobre panales de avispa, hasta que esté medio muerto. Luego le harán recobrar los sentidos con aguardiente ó cosa semejante; y untado de miel lo recostarán sobre una pared de ladrillos caldeados por el sol del medio día de verano, y lo dejarán hasta que muera picado por las moscas. Pero ¿á qué hablar de esos traidores? Decidme el asunto que traéis para el rey, y os conduciré á su nave y os presentaré á él y os apoyaré con mi recomendación. Si alguien, excepto el rey, puede conseguir lo que deseáis, este soy yo.

BUFÓN (*aparte al pastor*).—Parece hombre de mucha autoridad. Aferraos á él y no le escaseéis el oro; porque á pesar de ser la autoridad un oso muy testarudo, muchas veces se le conduce por las narices con cadenilla de oro. Así, vaciad la bolsa en sus manos. No lo olvidéis: el uno, lapidado! el otro, desollado vivo!

PASTOR.—Pues si os place, señor, ayudarnos en nuestro asunto, aquí tenéis el oro que traigo; y os